

DIARIO DE

DEL MARTES

ENERO



SANTIAGO

10 DE

DE 1809.

Santiago.

Ayer llegó á esta Ciudad un artillero con la noticia de que los franceses quedaban en la de Lugo, sin que hubiese un Español que les hiciese frente. Esta noticia evidentemente incierta dió motivo á sospechar de la conducta del que la comunicó, por cuya razon se aseguró su persona. Está muy bien que los pueblos tengan una rigurosa vigilancia con toda clase de personas sospechosas, y que pongan el mayor cuidado en extirpar tanto traidor espía, como por nuestra desgracia hay en España; pero tambien deben ponerlo en que todas estas cosas se hagan con la prudencia que caracteriza nuestra Nacion: los excesos del pueblo siempre trahen consigo mil perjuicios, y ninguna ventaja para el fin que se propone: los horrores, aunque al primer golpe alucinan, sirven demasiado á desanimar, y abatir el valor de un hombre cristiano y sensible: de ellos se sirven los franceses para amilanar pueblos y provincias; y los buenos Españoles jamas deben imitar sus sanguinarios excesos.

Corre muy generalmente la voz de que el Sr. Marques de la Romana hizo prisioneros 40 hombres de caballería fran-

cesa que venian en seguimiento de su ejército, y serian sin duda la vanguardia del ejército francés. Siendo esto cierto ya tenemos 4^{to} caballos para oponer á otros 4^{to} del enemigo, y ellos tienen 4^{to} menos que poner á nuestro frente.

SEÑOR DIARISTA:

El pueblo de Santiago no há sido de los últimos en aclamar á nuestro adorado Rey Fernando VII. En el momento que empezó á resonar por calles y plazas su augusto nombre, todos los habitantes á porfia corrian á alistarse y tomar las armas para vengar su injusto cautiverio. A esta actividad, y alegría parece que corresponde la tristeza y abatimiento en que se halla hoy el Pueblo por las infaustas noticias que corren. Ya no puedo ser indiferente á las desgracias del proximo, por cuya razon me atrevo á dirigir á Vnr. ésta, para que, si le parece conveniente, la publique en el Diario de mañana.

Se dice que llegan los franceses, y sin exâminar si hay bastante fundamento para creerlo, toma cada uno el partido que mas le acomoda; todos consienten en sufrir indispensablemente toda suerte de calamidades y desdichas á que han visto expuestos los pueblos que han caido baxo su fiero despotismo; una tonta inaccion se apodera de unos animos, y una extraordinaria viveza de otros: llora aquél, y este lleno de turbacion y dolor parece que no vierte lagrimas, porque la naturaleza le niega este dulce desahogo. ¡Valgame Dios! Y si entran los franceses, ó mas bien, si nuestro esfuerzo no es bastante á contener su furia, ¿que hemos de hacer? ¿nos hemos de abatir tan tristemente? No: la resignación debe ser nuestro consuelo, y alegrarnos en el Señor. ¿Quantos pueblos de España se han visto en la dura necesidad de hospedarlos una, dos y mas veces, y sin embargo se han vuelto á ver libres de su opresion, y han tomado las armas contra ellos? Los

medios preventivos que se tomen para evitar qualquier desgracia serán tanto mas útiles, quanto mas en tiempo se les abraze; y qualquiera de estas prevenciones que aqui se tome no es bastante motivo para que nos desesperancemos, nos alborotemos, y creamos que somos perdidos. ¿Será de presumir que la omnipotencia de Napoleon sea bastante para romper sin dificultad, sin tiempo, y sin inmenso trabajo los fuertes diques con que la naturaleza defiende nuestro pais? Si algun descontento quiere abultar qualquier pequeña cosa contra nosotros, no tenga á lo menos el placer y satisfaccion de engañar á todo un pueblo ilustrado. Si esperasemos á que los franceses entrasen por las puertas de la Ciudad para tomar nuestras precauciones y medidas á fin de preservarnos de su furia, ó salvar á lo menos lo que mas interesa al hombre ¿que sería de nosotros? ¿no nos veriamos á un mismo tiempo acometidos y desauiciados de todo remedio? Las doncellas expuestas á ser violadas en medio del furor de la soldadesca desenfrenada, ¿no nos hacen un obsequio refugíandose á montañas y paises desiertos, que no llamen la atencion á esos ministros de la iniquidad? ¿No son estos y otros puntos dignos de la atencion de un magistrado para providenciar lo que en ellos considere mas ventajoso? Yo creo que en los pueblos que estan próximamente expuestos á una invasion no debe haber mas gente que la que pueda emplearse en servicios útiles á qualquier empresa que se quiera tomar. Esta gente debe armarse de una serenidad que le haga llevar todo qualquier desastre accidental, y no debe fomentar por sí movimiento alguno, que no sea dirigido por las autoridades, en quienes esté su mayor confianza: las fuerzas de un pueblo en este estado, lo mismo que las de una nacion deben ser como los radios de un circulo; que por numerosos que sean, tienen todos su origen de un unico punto indivisible. De este modo se puede llevar al cabo qualquier empresa por sumamente difícil que aparezca. Aunque, demos caso, llegasen los franceses á penetrar nuestro Reyno ¿se olvi-

darian jamás los buenos gallegos de que eran Españoles? no, en mi concepto; ni menos la religion, y el amor á su legitimo Rey llegarían á borrarse de su corazon. En fin la resignacion en los trabajos presentes y la constancia de animo para sufrir qualquier futura desgracia es lo que en el dia puede hacernos felices; y la mas rigida union y mutuo amor contribuirán á tranquilizar nuestros espiritus que la malignidad intenta desunir.

Esto, Señor Diarista, es lo que Vm. debe hacer presente al Público con las noticias mas autenticas que Vm. pueda indagar sobre los acaecimientos del dia, procurando por todos los medios posibles hacer que nuestros paisanos no lleguen á concebir ideas á un mismo tiempo falsas, y llenas de la mas negra melancolia. Yo por mi parte haré quanto pueda; mientras queda de Vm. &c. Santiago 9 de Enero de 1809.

Aviso al Público.

Se espera que todos los que tengan algunas noticias interesantes sobre los acaecimientos del dia las dirijan al despacho de este Diario para comunicarlás al público, que se halla privado de la satisfaccion de saberlas por falta de correos.

CON LICENCIA:

EN LA IMPRENTA DE D. MANUEL ANTONIO REY.